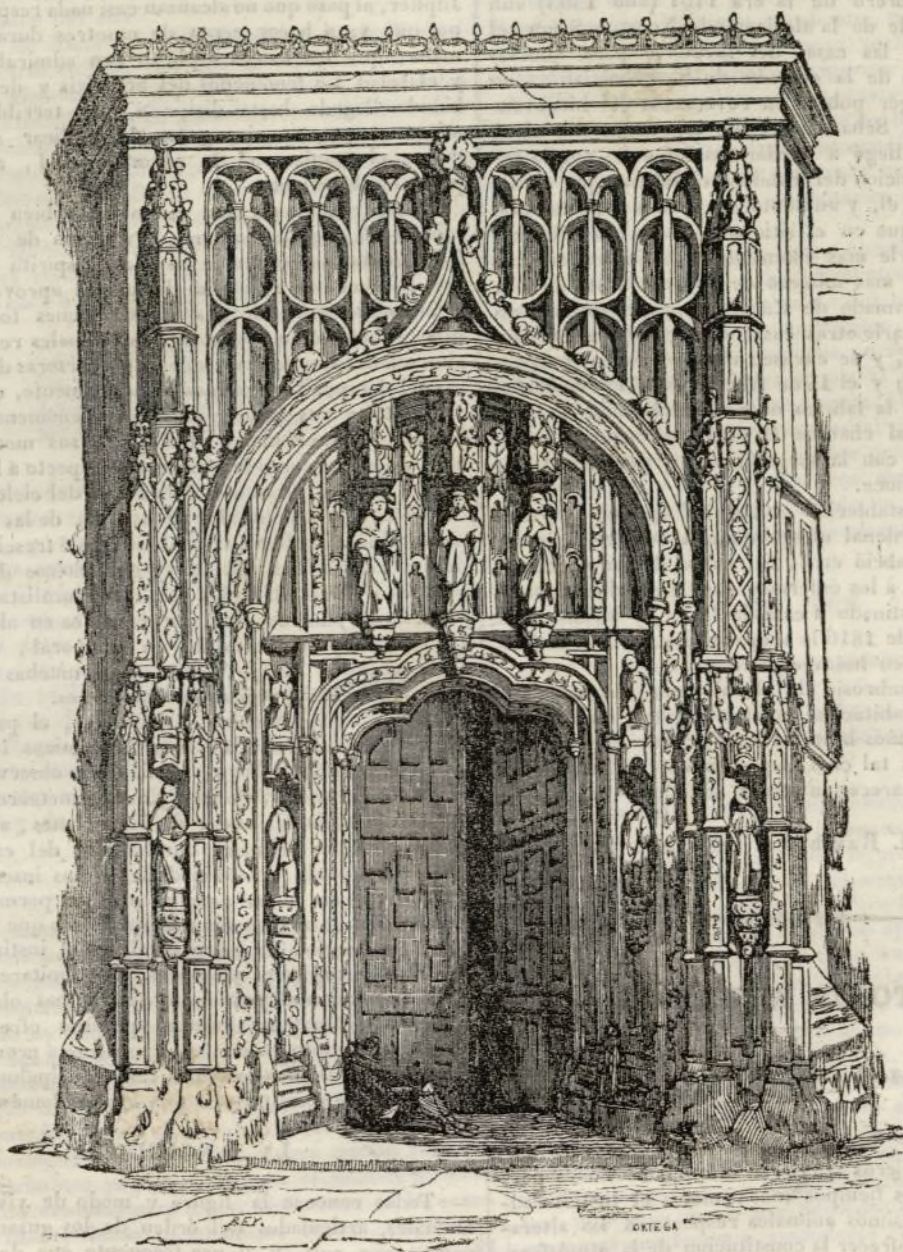


ESPAÑA PINTORESCA.



PORTADA DEL HOSPITAL DE SAN SEBASTIAN DE CORDOBA.

(Casa de espósitos.)

UNA de las pestes que mas afligieron las provincias de Andalucía en los tiempos en que esta calamidad era frecuente en España, fue la del año 1363, que es llamada
AÑO VII.

en muchos documentós de aquella época *la segunda mortandad*, para distinguirla de la primera del año 1350, en que perdió la vida desgraciadamente el rey D. Alon-

21 de agosto de 1842.

so en el cerco de Gibraltar. No fue la ciudad de Córdoba la que menos sufrió los estragos de tan terrible azote, é implorando el favor del cielo acudió á la proteccion del ínclito mártir Sebastian, é instituyó una cofradía de su advocacion. Llevando mas adelante su devocion trató de fundar un hospital en reverencia del mismo santo para curar pobres, porque esta necesidad que era grande, tuviere remedio, y pidió al cabildo eclesiástico sitio en que fundarlo, el cual le concedió el 27 de febrero de la era 1401 (año 1365) «un solar que es linde de la alcaicería de Nuestro Señor, el cual solar dicen las casas del lavatorio para que fagan los cofrades de la cofradía de S. Sebastian... un hospital para coger pobres en reverencia del bienaventurado mirtir S. Sebastian» como espresa la donacion.

Este hospital llegó á quedar desamparado por la cofradía y á disposicion del cabildo eclesiástico que continuó cuidando de él, y aumentó sus rentas y posesiones; y considerando que en el sitio que estaba no habia capacidad para darle mas estension, y hacer enfermerías para que cupiese mas número de pobres, trató de mudarle al corral llamado de Cárdenas propio de la mesa capitular, y aplicarle otras casas contiguas para que fuera obra suntuosa, y se curasen mas pobres en proporcion á sus rentas; y el 15 de febrero de 1512 resolvió el cabildo se hiciese la fábrica nueva, nombrando para que cuidase de ella al chantre D. Pedro Ponce de Leon, como se ejecutó con la magnificencia y perfeccion que aun hoy se reconoce.

Despues de establecido el hospital que en esta ciudad fundó el cardenal obispo de ella D. Fr. Pedro de Salazar, que se abrió en 1724, sirvió de convalecencia por algunos años á los enfermos que de él salian: posteriormente fue destinado á casa de locos, y últimamente en 12 de marzo de 1816 lo ocuparon los niños espósitos, y en él permanecen hasta el día.

El cronista Ambrosio de Morales por concesion del cabildo tuvo su habitacion en este hospital, donde vivió retirado algunos años hasta su muerte ocurrida en 1591.

Su portada es tal cual la presenta el grabado, siendo casi inútil encarecer su mérito artístico.

LUIS M. RAMIREZ Y LAS CASAS DEZA.

HISTORIA NATURAL.

ANIMALES METEOROLÓGICOS.

Los naturalistas, los labradores y pastores, los marinos y demas viajeros, tuvieron infinitas ocasiones para observar desde los tiempos mas remotos el instinto admirable de muchísimos animales respecto á las alteraciones que suele ofrecer la constitucion de la atmósfera. Parece que los órganos de un número infinito de dichos seres son á veces mas sensibles que los nuestros para recibir la impresion que resulta de las diversas modificaciones que el ambiente es susceptible de padecer en sus cualidades dependientes de su calor, humedad, peso, resorte, electricidad, movimiento, etc.; y como los fenómenos meteorológicos mas imponentes, cuya teoria es todavía en gran parte tan oscura para los físicos, deberá sin embargo depender principalmente de la com-

binacion varia de dichas propiedades, no parecerá extraño que muchos animales puedan, en ciertas ocasiones, llegar á ser mejores profetas meteorológicos que nosotros, á pesar de todas nuestras teorías é instrumentos. Este pensamiento á la verdad no deja de humillar el orgullo de los sabios. Parecerá sin duda extraño á muchas personas cuando lean, que los astrónomos saben predecir con la mayor puntualidad y para muchos años los eclipses del sol, de la luna y de los satélites de Júpiter, al paso que no alcanzan casi nada respecto al tiempo que va á hacer cerca de nosotros durante una semana; que los físicos esplican con admirable precision y claridad los fenómenos del arco iris y del rayo, habiendo llegado hasta dirigir á este terrible meteoro, mientras que son incapaces de esplicar satisfactoriamente el granizo, ni la aurora boreal, ni la mayor parte de los vientos.

Estas reflexiones son ciertamente bien capaces de rebajar el orgullo humano. Pero sea de esto lo que fuere, debemos convenir en que el espíritu especulador del hombre ha sabido á lo menos aprovecharse útil é ingeniosamente de sus observaciones tocantes á la superioridad de que gozan ciertos animales respecto á las alteraciones atmosféricas, señales precursoras de las mudanzas del tiempo. Los marinos principalmente, observadores constantes y envejecidos de cuantos fenómenos les ofrece incesantemente el mar y el aire con sus moradores, los marinos pocas veces se equivocan respecto á los pronósticos del tiempo, deducidos del aspecto del cielo y del agua, del vuelo y de los chillidos de las aves, de las cuales algunas especies se hallan á veces hasta dos ó trescientas leguas de las costas. Las gaviotas y golondrinas de mar, los géneros de aves llamadas por los naturalistas *diomedea*, *procellaria*, *phacton*, etc. sorprendidos en alta mar por las señales precursoras de un temporal, buscan con ansia cualquier abrigo, colocándose muchas veces hasta en los mástiles y vergas de los barcos.

En la tierra tambien el labrador, el pastor, el cazador saben deducir á veces pronósticos bastante seguros del tiempo futuro, mediante la observacion constante de las nubes, vientos y demas meteoros, del vuelo y chillido de las aves, de las acciones, alegría ó inquietud de los animales domésticos, del canto de las ranas, del vuelo y actividad de ciertos insectos, etc.

Sin querer entrar aquí en muchos pormenores respecto á las observaciones meteorológicas que puede ofrecer á la atencion de los naturalistas el instinto admirable de infinitos seres animados, nos limitaremos á referir brevemente el resultado de algunas observaciones interesantes bastante exactas que nos ofrecen ciertos animales, instinto no equivoco respecto á pronósticos meteorológicos. Dichos animales son principalmente la *sanguijuela*, la rana, un pez y la araña doméstica.

LA SANGUIJUELA.

Todos conocen la figura y modo de vivir de estos animales, articulados del orden de los gusanos anelidos con sangre roja, y el uso frecuente que de su apetito sanguinario hacen los médicos en el arte de curar. Pero lo que no todos conocen, es la organizacion sumamente curiosa de dichos animales, su hermafroditismo ó sexo duplicado, su propagacion, la forma muy rara de su triple dentadura y de su estómago, sus diez ojos, etc. Lo que se conoce mejor, y lo que debe interesarnos aquí mas respecto á la sanguijuela comun (*Hirudo medicinalis*) es su sensibilidad estroma respecto á las alteraciones de la atmósfera que influyen en las mudanzas

del tiempo. Se ha observado efectivamente, hace muchísimo tiempo, que cuando las sanguijuelas nadan con ansia hacia la superficie del agua que las contiene, anuncian por lo regular la lluvia; y esta propiedad ha hecho de dichos animales en varios países una especie de barómetro vivo. Para este efecto se las encierra en un bote bastante espacioso, lleno en parte de agua, y cubierto con una tela ó lienzo que no escluya enteramente la renovación del aire.

El modo de hacer estas observaciones se halla descrito entre otros en una estampa de un gusto raro que se vende en algunas librerías de esta corte, pero cuyos pormenores estamos lejos de garantizar en totalidad. Los lectores aficionados á profecías zoometeorológicas expresadas en versos peregrinos dignos de Nostradamus, ó de la madre Celestina, hallarán con que satisfacer su curiosidad comprando dicha estampa, que lleva el título científico de *Barómetro animado de nueva invención*, con los siguientes versos en forma de prólogo, ó de epígrafe, ó de lema, ó de cualquiera cosa.

Cual barómetro animado
De experimental doctrina,
La sanguijuela adivina
De la atmósfera el estado.

Reflexionando en el lenguaje charlatan del tal anuncio, que tiene traza de haber sido traducido libremente del francés, y reparando en la figura de oruga de un animalito tan conocido (que el poeta llama *insecto*), se echa de ver desde luego que el dibujante, lo mismo que el escritor, no debían ser mas diestros en achaque de historia natural, que el autor de ciertos artículos análogos de nuestro Semanario Pintoresco, que en un número del año 1839 encaja á sus lectores la figura de una cigüeña en vez de una gaviota, y en otro número del año 1840 llama la salangana (especie de golondrina), un animalito intermedio entre ave y murciélago: sin hablar de otras varias equivocaciones en la historia de la langosta y de otros insectos.

LA RANA.

No se trata aquí de la rana común de nuestras lagunas (*Rana esculenta*), cuyos muslos son tan apetecidos por los gastrónomos; sino de una bonita ranilla mucho mas pequeña, de un verde de yerba hermoso y uniforme, que se encuentra comúnmente en los árboles á orillas de los arroyos, y que por esta razon el célebre *Lineo* llamó *rana arborea*. Los naturalistas modernos la llaman *hyla arborea*, y los franceses *rainette* ó *rainette*. Se distingue fácilmente este género de ranas por la conformacion singular de sus dedos, cuyas puntas rematan en unos globulitos pegajosos de que el animal se sirve al modo de ventosas para trepar fácilmente en los cuerpos mas lisos y hasta en el mismo cristal, colgándose tambien á veces de las ramas por una sola pata. El macho de dicha ranilla goza de una voz fuerte y ronca muy notable, cuya sonoridad se aumenta á la sazón singularmente por la dilatacion extraordinaria de su garganta.

En Francia, Alemania, Suiza, etc. se acostumbra á menudo mantener este bonito reptil en un gran bocal de vidrio con un poco de arena, césped y agua. Una pequeña escalerita, ó simplemente un palito inclinado, facilita á la ranilla el salir del agua y trepar en las mismas paredes del bote hasta la boca que se halla cer-

rada con un lienzo ó una tablita. Todos los dias se suele introducir en el bote algunas moscas vivas, que la rana agil cazará y pillará mediante su rara lengua con la mayor destreza; pero por mas hambrienta que esté, jamás tocará á un insecto muerto. Durante el invierno, á la verdad, lo pasan generalmente bastante mal aquellas pobres ranillas, y á falta de moscas vivirán probablemente de los pequeños insectos y animales infusorios contenidos en el agua y la tierra de su bocal; pues hallándose en una habitacion caliente, no invernan en un estado insensible y helado, como suelen hacerlo generalmente durante la estacion rigurosa los reptiles en el aire libre. En los países calientes esta clase de animales padecen generalmente menos que en los frios durante el invierno; pues si bien viven entorpecidos en la tierra ó en el fondo de las aguas, siempre suele haber algunos insectos ó gusanitos para sustentarlos de vez en cuando escasamente.

Aunque no todos consideren como infalibles los pronósticos de esta especie de barómetro vivo, se aprecia generalmente en muchos países del norte. El labrador consulta su rana antes de emprender algun trabajo importante, y la señora ciudadana no se dirige á su paseo antes de haber cebado una ojeada al bote de su profeta reptil, que raras veces los engaña. Cuando la ranilla se baña, es casi siempre una señal que lloverá pronto, y si permanece en el agua, indica que la lluvia será duradera. Pero si, abandonando su elemento húmedo, el animalito trepa sea por su escalerita, sea por las paredes del mismo bote, pronostica comúnmente tiempo sereno.

UN PEZ

DEL ORDEN DE LOS ABDOMINALES.

Cobitis fossilis, Lm.
misgurnus fossilis, Cacep.



Este pececillo, uno de los barómetros vivos mas sensibles, está mas conocido en los países del Norte que en los meridionales. Es de una figura delgada, cilíndrica y alargada análoga á la del anguila, y su longitud pasa raras veces la de un pie. Pero la circunferencia de su boca está rodeada de barbas ó apéndices, y su cuerpo, que es muy glutinoso, tiene varias rayas de color amarillento y pardo oscuro. Vive comúnmente en los arroyos y estanques pantanosos; en cuyo fondo arenoso ó arcilloso gusta esconderse, y lo que comunica á su carne un sabor á barro algo desagradable.

En varios países del Norte, principalmente en Alemania y Suiza, se suele mantener el *misgurno fossil* en un bote espacioso de vidrio, lleno en parte de agua; se renueva cada semana una vez en tiempo de invierno, y dos veces en el verano. En el fondo del bote debe haber una capa de un par de dedos de tierra en que el pez gusta revolcarse y esconderse, segun las vicisitudes de la atmósfera.

Con efecto, es tan sensible á las impresiones que pueden hacer probar á los animales acuáticos ciertas alteraciones de la atmósfera, que el pececillo anuncia á veces la tempestad, veinte y cuatro horas antes de estallar. Manteniéndose quieto sobre la tierra que ocupa el suelo del bote, indica tiempo sereno; pero cuando revuelve inquieto la arena, moviéndose con vivacidad en su morada líquida, se puede contar seguramente con un tiempo tempestuoso mas ó menos cercano.

LAS ARAÑAS.

Arañas. ¡Ay qué miedo! qué asco! ¿y qué van á contarnos de estos horribles animales?

—¿No es así, poco mas ó menos, como nuestras amables lectoras saludarán tal vez un artículo del Semanario, que trata de las arañas? ¡Desdichados insectos, que el bello seco desde la moza de bodegon hasta la señora mas encopetada se empeñan en perseguir por do quiera con un encarnizamiento tan implacable! Y sin embargo, Señoras mías, hay motivos poderosos para moderar el odio que tan general como gratuitamente profesais á dichos insectos. Deberiais acordaros que segun la tradicion mitológica, la araña fue primitivamente una muchacha linda é industriosa, que tuvo la imprudencia de querer competir en el arte de tejer y bordar con la poderosa Minerva, y que esta, movida de celos y envidia (cosas á la verdad muy poco dignas de una diosa de la sabiduría) transformó á la indiscreta señorita *Araene* en el muy poco agraciado insecto que en griego sigue llevando su nombre, y dedicándose á la misma industria.

Acordándonos de esta tradicion, casi casi estamos propensos á sospechar que nuestras amables hijas de Eva tal vez habrán heredado de la zelosa diosa de antaño algunas semillas de envidia para con el industrioso insecto de que se trata.

¿Qué cosa en efecto puede haber de mas admirable y sorprendente que la destreza y arte singular con que las arañas saben tejer de dia como de noche sus artísticas telas, á cuyo lado y vistas al microscopio, nuestros tejidos y encajes mas sùtiles y primorosos se parecen á un ropage de harpillera tosco é informe? Telas de una seda inimitable que son otras tantas redes insidiosas para cojer una infinidad de insectos débiles que la pròvida naturaleza destinó al sustento de las arañas, libertándonos así al mismo tiempo de un enjambre de moscas, mosquitos y otros vichos incómodos. Tal parece en efecto ser la principal utilidad de las arañas, que sirven ademas de pasto á otra infinidad de animales, tales como pájaros, reptiles, etc.

Pues en cuanto al pretendido veneno que se atribuye á algunos de dichos insectos, á buen seguro no merece este nombre respecto al hombre, aunque lo sea efectivamente hasta cierto punto para con los insectos débiles destinados á ser la presa de las arañas. Amen de los experimentos directos á que se sometieron varios naturalistas con el fin de cerciorarse sobre el particular, hallaríamos pruebas suficientes en el gusto raro y depravado de ciertas personas para comer toda clase de arañas, tales como la célebre *Schurmann*, mujer literata alemana de la edad media, y en nuestros tiempos el sábio astrónomo frances *Lalande*.

Nada puede haber mas curioso para un amante de la naturaleza que los pormenores relativos á la historia natural de las arañas, ó mas bien de la clase de las *Araenides*; clase inmensa en el dia, subdividida en una multitud de órdenes, familias, géneros y especies. Organizacion admirablemente adecuada á su modo de vivir, instintos asombrosos, ya sea para construir sus habitaciones y redes, ó bien para apoderarse de su presa, y cuidar de su progenie. Todo eso lo halla el naturalista con profusion en el estudio de las arañas, y puede el lector curioso leerlo si gusta en las voluminosas obras de *Entomología*. Pero aqui debemos ceñirnos á hablar del instinto relativo á la prevision del tiempo en cuanto dependa de las alteraciones de la atmósfera;

pues aun limitándose á este particular, puede la historia de las arañas ofrecernos pormenores bastante interesantes.

Ya se sabia hace mucho tiempo, que las arañas son susceptibles de amansarse y de acostumbrarse á la sociedad del hombre, llegando á manifestarle cierta adhesión. Así lo experimentaron muchos prisioneros en varios países y á diversas épocas, y principalmente los franceses *Lauzun* y *Pelisson* durante su triste cautividad en Pignerol y en la Bastilla. En la sociedad de sus arañas hallaron los dichos cautivos cierta diversion y alivio á sus penas, cojiéndoles diariamente moscas, y logrando domesticar sus compañeras hasta el punto de salir de sus escondrijos á la voz de sus bienhechores, para cojerles los insectos de sus manos.

Pero lo que sirvió de simple entretenimiento á dichos presos, hasta que sus insensibles y envidiosos carceleros al matar bárbaramente sus insectos compañeros, les quitaron su último consuelo, se hizo un estudio serio y continuo para *Quatremere Disjonval*, proporcionando á este ingenioso cautivo descubrimientos importantes, y facilitando al fin al general Pichegru la conquista de la Holanda á principios de la revolucion francesa.

Ya se sabia mucho tiempo hace, que en general la inquietud y laboriosidad de nuestras arañas domésticas indicaban comunmente: lluvia y frio, y que cuando alguno de estos insectos abandona temporalmente su tela para correr inquieto por las habitaciones, resulta casi siempre lluvia 24 horas despues. Empero al citado *Disjonval* se debe principalmente todo cuanto se sabe de exacto sobre el particular. Durante los 89 meses que por motivos políticos estuvo padeciendo en la carcel de Utrech, impelido primero por el fastidio y en seguida por su espíritu observador, empezó á ocuparse de las arañas, únicas compañeras de su triste soledad, creando por decirlo así una doctrina nueva que llamó *Araenología*, y que nos dá á conocer la relacion que puede haber entre la aparicion y desaparicion de las arañas, su quietud ó laboriosidad, y las mudanzas sucesivas y correspondientes del tiempo.

En su aposento, entapizado con mas de cuatro mil telarañas, y rodeado el cuerpo del mismo observador de los mismos adornos, descubrió que mediante la laboriosidad y quietud de estos insectos se puede pronosticar con certeza y hasta nueve ó catorce dias antes el tiempo húmedo ó seco, así como la gradacion del frio y calor. Que si la araña elabora hilos grandes y fuertes se puede contar seguramente con un tiempo hermoso y duradero de 12 á 14 dias. Que cualquiera labor ó actividad en dichos insectos pronostica alguna mudanza en la atmósfera, y eso comunmente despues de nueve dias contando desde el principio de su trabajo.

En el invierno del año de 1792 se convenció *Disjonval* plenamente de la exactitud de su teoria. Muchas veces y durante algunos años sucesivos el sagaz observador, fiado en el instinto de sus arañas, habia anunciado los frios y los deshielos sin equivocarse. Empero al acercarse á Holanda la terrible guerra francesa, fue principalmente cuando se experimentó la infalibilidad de los pronósticos meteorológicos de dichos insectos. Merced á la indulgencia de su carcelero, logró el cautivo pronosticar al ejército francés un invierno cuyo rigor, decia, les construiria puentes helados sobre rios y canales. A fines del año los franceses pasan efectivamente sobre los hielos del rio Waal. Poco despues se manifiestan señales de deshielo. *Disjonval* anuncia que antes de tres dias el frio creceria mas, y haria transitables todos los canales, y á los tres dias el ejército francés entra en

Utrecht, abriendo el 15 de enero la cárcel del observador. Pero á la sazón se manifiesta un deshielo temible; cien mil franceses se hallan de marcha, y como cortados entre y sobre los canales. Tiemblan los generales, y tratan de retirarse. Disjonval consulta sus arañas, y fiado en su laboriosidad, responde con su cabeza que vendría otro frío mas intenso todavía. Para hacer mas impresion envía al general en jefe Pichegru una araña trabajando. Este cree, protesta contra la retirada, se adelanta, y conquista la Holanda.

Un acontecimiento tan notable no dejó de causar novedad y admiración, inspirando al paciente sagaz aracnólogo mas y mas afición á sus arañas. Y así Disjonval se dedicó en París enteramente á este estudio: publicó un *diario aracnológico* sobre pronósticos del tiempo, y solicitó al efecto del gobierno una casa para alojar decentemente sus alumnos y profetas meteorológicos.

Ignoramos cual ha sido la suerte posterior de Disjonval y de sus arañas, en un país en que las novedades sucediéndose como las imágenes en una linterna mágica se absorbian mutuamente, y en una época tan desastrosa en que los Robespierre, Marat, Danton, etc. solian jugar con la vida de sus semejantes poco menos como nuestras arañas con las moscas.

Si nuestros lectores han podido leer sin demasiada repugnancia lo que precede, y tienen ánimo de aprender sin hacer asco algo mas acerca de la historia natural de dichos animalitos tan injustamente aborrecidos, podríamos prometerles otro artículo tan interesante como puede serlo un escrito que trata todito de arañas.

JUAN MIEG.

EL ABORRECIMIENTO,

6

LA ISLA DESIERTA.

(Continuacion. Véase el número anterior.)

¡Oh desgracia! exclamó, será posible que mi suerte desdichada no se ha de causar jamas de atormentarme? ¿será acaso mi destino ver siempre delante de mí al hombre por quien he huido todo lo que mas amaba, mis parientes, amigos, patria, y aun la Europa misma? Separado del mundo entero, suspirando noche y dia por la sociedad de un ser humano, viene á aterrarme el cuerpo ó la sombra de mi mas implacable enemigo; pero sin duda él ha muerto, y mi venganza estará ya satisfecha; no ha sabido al menos el horroroso estado á que la desesperacion me ha conducido, capaz por sí solo de hacerme desear que viviera para verle caer en él.»

A estas palabras vuelve los ojos para mirar á Anselmo con un aire melancólico, y el horror se apodera otra vez de su alma; un movimiento ligero de respiración le hace ver que Anselmo existe; cediendo entonces al impulso de su aborrecimiento se prepara á la fuga, pero otro sentimiento mas humano parece detenerle; se adelanta, se para, va y viene alternativamente; tan pronto sus miradas se fijan en Anselmo con todo el sentimiento de la humanidad, tan pronto aparta de él sus ojos con el mayor horror.

«Si yo le dejo así, decía, antes de mucho vendrá á ser presa de las olas que ya van creciendo; al fin es un hombre, y yo debo salvarle; la isla aunque pequeña es

bastante grande para los dos, y bien podremos arrastrar separados en ella nuestra desgraciada existencia.»

Tomada esta resolución se inclinó hacia Anselmo que acababa de abrir los ojos, y se figuró estar á merced de un salvaje, pues la larga barba de Carlos, su aire esquivo, su tez tostada, y su cintura de ojás, le desfiguraban enteramente. Anselmo levantó hacia él sus manos suplicantes; Carlos le miró con severidad; la idea de verse despojado, y aun asesinado por el que á él le parecía salvaje hizo clamar á Anselmo! «Si yo conociera tu lengua, no dudo que te enterneciera oírme!» La dulce melodía de la lengua natal, de que Carlos se hallaba privado tanto tiempo hacia, le penetró hasta el alma; pero se contentó con hacer señal al naufrago que poco á poco iba recobrando sus fuerzas á fin de enseñarle á levantarse y seguirle, mostrándole con la mano el mar alborotado. Anselmo lo comprendió, y juntando como pudo todas sus fuerzas, siguió con un paso débil á su conductor.

Después de un largo rodeo, Carlos condujo á Anselmo por una suave cuesta á lo alto de las rocas, y para ayudarle á subir le prestaba algunas veces su bastón por no poderse decidir á darle la mano. Llegado á la altura le mostró lo interior de la isla que se ostentaba como un estanque esmaltado de flores y frutos, y haciéndole notar sobre todo los cocoteros, le dejó de repente, descendiendo con la velocidad de un rayo hacia lo interior de la isla, hasta que desapareció entre los bosques. En vano Anselmo le llamaba con el tono mas afectuoso; porque Carlos, satisfecho de haber llenado el primer deber de la humanidad, no quiso escucharle, proponiéndose desde entonces no mantener ninguna relacion con su enemigo.

«¡Quién me hubiera dicho ayer (esclamaba al volver á su soledad) mañana tus votos se verán cumplidos; tendrás un compañero en tus aflicciones, y sin embargo estarás mas solo, mas digno de compasion que nunca. ¡Oh destino cruel! Un solo hombre habita esta isla, y este hombre es mi mas mortal enemigo.

Para fortificarse en su aversion se traía á la memoria todas las quejas, todos los motivos que él creía tener para aborrecer á Anselmo eternamente, haciendo juramento de vivir separado de él, aunque en su última hora y en medio de la fiebre mas ardiente careciese de una gota de agua para refrescarse. Anselmo abandonado se internó con trabajo en el valle, y sentándose bajo un cocotero, se entregó á sus tristes reflexiones. Rehusando marchar á la frontera con la mochila á la espalda, se labia embarcado por favor como aspirante de marino, á bordo de un bajel con destino á la costa de Coromandel; la embarcacion arrastrada por las olas, y maltratada por la tempestad se estrelló contra las rocas. En medio de su naufragio pudo agarrado á una tabla, llegar medio muerto á la playa, donde permaneció lejos del reflujo. En este estado es divisado por un salvaje que le acoge, le guía, y despues se salva rápidamente, y le deja en la mas cruel incertidumbre. ¿Por qué este salvaje le habrá huido? acaso por miedo de él. Precisamente, decía, la isla está poblada; pero si los otros naturales no son peores que este, no se corre á la verdad gran riesgo en encontrarlos; mas sea lo que quiera, lo esencial es buscarlos, y conocer sus guaridas.

Durante muchos dias hizo pesquisas continuas, aunque inútilmente; porque Carlos al instante que le divisaba ó sentía aproximarse, se ocultaba de él huyendo á los bosques mas espesos, ó retirándose á su gruta.—Convencido en fin de que no existia en la isla pueblo ni cabaña alguna, cada vez le parecía mas inconcebible la

desaparición del salvaje que había visto, y por momentos se iba figurando que algún ángel había venido á su socorro. — En vano le llamaba con toda su fuerza; el eco solo respondía á sus voces. Por último como él proseguía en sus averiguaciones, fue preciso que tarde ó temprano llegase á descubrir el sitio, que mas cultivado por la mano de Carlos indicaba la proximidad del hombre: Anselmo siguió los indicios de los árboles cortados, de la yerba pisada, y vino por fin á descubrir la gruta de Carlos en el momento en que este dormía. El ruido que Anselmo hizo al entrar, le sacó de su sueño, y levantándose velozmente, vió aproximarse á Anselmo que se llegaba con un aire afectuoso y suplicante. El horror hizo retroceder á Carlos: — «Retírate, le dijo, huye, ninguna relación puede existir entre nosotros.» — Anselmo aterrado de reconocer un compatriota en el pretendido salvaje, y aun mas por verle rechazar con tanta barbarie á un paisano suyo, sintió helársele la sangre en las venas. — «Dios mío, exclamó, cuando hubo recobrado el uso de la palabra; es posible que siendo inglés, huyais con tanto empeño á otro inglés en medio de una soledad, cuyos únicos habitantes somos?» — «Sí, replicó Carlos, yo te huiría, aun cuando fuera en un banco de arena en medio del Océano. Conóceme pues; yo soy Carlos.»

A estas últimas palabras, Anselmo, huyendo precipitadamente, lanzó un grito de indignación y de horror. Estraviado su espíritu, anduvo errante todo el tiempo que sus pies pudieron sostenerle. Carlos entre tanto se felicitaba de haber mostrado carácter, y creía deber estar satisfecho de sí mismo; pero se engañaba, pues muy luego vino á sacarle de esta ilusión un descontento inexplicable. Cada vez crecían mas sus deseos de hablar con él recién venido de su cara patria, de su pueblo, ó por mejor decir, de hablar mas que fuese de la China ó del Japon, con tal que pudiese oír todavía los sonos queridos de su lengua nativa. — La conversacion es para el alma, lo que el movimiento para el cuerpo, y si se les privó de este indispensable ejercicio, vienen á caer el uno y la otra en una mortal languidez; pero el aborrecimiento ahoga en el pecho donde fija su residencia todos los sentimientos contrarios que le combaten, dando solo acogida á la funesta idea de ver á un enemigo humillado. Confesemos pues, para vergüenza del hombre, que el aborrecimiento le hace capaz de mayores abnegaciones aun que la misma amistad.

No se hallaba Anselmo tan implacable: pero sin embargo resuelto á evitar el encuentro con su enemigo, eligió para su morada una caverna muy alejada de la de Carlos; aunque cada día se lamentaba mas y mas de que no existiese entre ellos ninguna relación. No se le ocultaba que Carlos le había salvado, y esta idea que por momentos se iba apoderando de su corazón, le hacía accesible á los mas tiernos sentimientos. Su carácter, mas docil que el de Carlos, conservaba un recuerdo menos vivo y menos profundo de las pasadas ofensas; y sin la fatal acogida de Carlos, puede que se hubiera decidido á ofrecer el ósculo de paz al hombre que le había prestado su bastón para ayudarle á salvar las rocas; pero el genio implacable de su enemigo ahogaba en su alma la idea de reconciliación. Su ojeriza creció en la soledad, labrándose ellos mismos su tormento, y la de Carlos llegó al extremo con la nueva idea que le provino de ser Anselmo quien le había obligado á dejar su país, y precipitado por consiguiente en el horroroso estado en que yacía.

No podían sin embargo impedirse el deseo de gozar de la presencia de un semejante suyo, y como que estaban solos en la isla, buscaban las ocasiones de acechar-

se de oculto, tomando para engañarse á sí mismos diferentes pretextos de marchar hacia el lado donde presumían encontrarse. Cuando sucedía venir á hallarse cara á cara parecían sorprendidos, lanzaban miradas fulminantes, y se volvían la espalda recíprocamente; pero siempre contentos en su interior con la certidumbre de que todavía existía un semejante suyo; porque un sentimiento confuso parecía decirles: — En todo caso tú no estás solo.

En uno de estos paseos clandestinos encontró Anselmo dormido á su enemigo, tendido sobre la yerba á la sombra de una palmera; acercóse poco á poco considerando con toda atención; no le pareció ya aquel joven cuya tez fresca y sonrosada anunciaba la salud; las pesadumbres habían arrugado y alterado sus facciones; y Anselmo no pudo menos de exclamar en voz baja: No es este aquel Carlos á quien yo tanto he aborrecido.

Una vivora que se removió al lado del dormido vino á sacar á Anselmo de sus lúgubres reflexiones, y hacerle estremecer. El réptil venenoso podía retirarse sin hacer mal sino se le irritaba; á la sazón se halla reposado, pero el mas ligero movimiento de Carlos podía provocar su enojo, y hacer eterno el dulce sueño de este desgraciado. — No titubeó Anselmo un momento, coje una piedra, que tenía á los pies, y arrojándosela al animal, le aplastó la cabeza, esponiéndose á ser él mismo víctima si el tiro le hubiese fallado. Despierta Carlos al ruido, y viendo de rodillas á su enemigo machacar aun con todas sus fuerzas la cabeza de la serpiente, echó de ver el peligro que le amenazaba, cuya consideración le hizo retroceder turbado sin proferir una sola palabra. Anselmo tranquilo arrojó la piedra, y partió sin mirar atras. Carlos no le llamó, y esta ocurrencia solo sirvió por el pronto para hacer mas variados sus soliloquios.

— Yo hubiera debido manifestarle mi reconocimiento, decía Carlos; ¿pero acaso lo exigí yo de él cuando le salvé de un peligro no menos eminente?

Anselmo á su vez discurría diciendo: — El me debe la vida, y no se ha dignado siquiera darme las gracias, ¿pero se las di yo por ventura cuando él me sustrajo al furor de las olas?

(Se concluirá.)

DOÑA MARIA VACA,

6

EL PLAZO DE LAS VEINTE LUNAS.

CANTO PRIMERO.

Grande poder y noble señorío
Castilla junta con cristiano anhelo,
sobre la margen del undoso río
que fértil riega el toledano suelo,
porque perezca el agareno impío
que á España trajo por azote el cielo,
cuando Rodrigo, al musulman que odiaba,
le dió su trono por la hermosa Cava.
Con el francés y el italo esforzado,
y el alemán y aragonés denuesto,
el sexto Alfonso, de su empresa honrado,
el muro asedia á la imperial Toledo;
su numeroso ejército afamado
las huertas tala, montes y viñedo,
y á fuego y sangre las campiñas pone,
porque á tomarla en breve se dispone.

Pero no falta quien atento vela,
y á un lado y otro cuidadoso viene,
buscando á un noble conde que Don Vela
llama Guipúzcoa, do su estado tiene.
Nadie le encuentra, y mucho se recela
por el favor y liga que mantiene
con sus parientes, gefes poderosos
allá en Pancorbo, muchos y briosos.

— «¿Qué hará? (preguntan) nuestro rey cristiano,
por una muerte que sin causa hiciera,
le castigó en el suelo castellano
donde su noble alcurnia se venera:
que es gran señor por rico y cortesano,
y por las villas que la union le diera
de una su esposa, en Búrgos celebrada,
y en parentesco con el Cid ligada.

«¿Qué hará? (prosигuen) ¿si murió? ¿si acaso
oculto está en Guipúzcoa por cobarde?»—

— «Yo sé, señores, la verdad del caso,
(dijo un guerrero en presuntuoso alarde)
dadme de Toro ó de Rioja un vaso
de vino tinto que la lengua se arde,
y á esplicaciones claras reducido,
os diré el caso cierto y sucedido.

«El conde Vela es poderoso y bravo,
Doña María Vaca es muy hermosa,
y que viniera de Guipúzcoa alabo,
si noble es él, buscando tal esposa;
mas lo que yo de comprender no acabo
es como, altivo, herida peligrosa
dió á un hombre rico y principal un día,
que grande deudo con el rey tenía.

«Alfonso sexto, que justicia ordena
en sus estados con balanza justa,
cuando á su oído el desacato suena,
con razonable causa se disgusta;
y le castiga, en merecida pena,
á que ni en guerra ni en palenque á justa,
en veinte lunas su armadura ponga,
ni á sus vasallos á la lid disponga.

«Y á que si el moro en insolente brio
llega á turbar la paz de sus estados,
y le invadiere el noble señorío
de sus antiguos pueblos heredados,
sufra con calma el popular desvío
viendo sus altos timbres usurpados,
sin oponerse al moro y su fiera
hasta quedar sumido en la pobreza.»

— «¡Já! ¡Já! ¡Já! ¡Já! (prorumpen) ¡qué locura!....

¿Y él lo hace así, responde, Méndez-Recio?»—

— «Así (siguió) la corte lo asegura,
y su nobleza de obediente aprecio,
que no es noble, es villano, el que procura
burlar la ley por poderoso ó necio:
y mas gana perdiendo sus estados
que con tenerlos contra el rey alzados.»—

— «Sí, mas el rey en tal suceso pierde
lo que al conde Don Vela perjudica.»—
(dijo el señor de Amposta y Campo-verde,
que atento estaba á lo que Recio esplica.)

— «¿Veamos?»— «La conciencia me remuerde
si error muy grave (prosигuió) no implica;
pues cuanto invada el bárbaro en su encono,
perderá el rey de su cristiano trono.»—

— «No perderá.»— «¿Y si coge á sus vasallos,

y en sus mazmorras hondas los sepulta?»—

— «¿Procurará el monarca rescatallos.»—

— «¿Y si los mata con venganza oculta?»—

— «No matará, que el rey sabe guardallos,

y sitiando á Toledo, dificulta

con el poder y reinos que acaudilla,

todo rebato al moro por Castilla.

«Solo ha querido que su conde vea

con gran despecho y envidiosos ojos,

mientras en sus villas triste se pasea

solo y sin armas, los pendones rojos

de ricos-hombres que en Toledo emplea,

y han de partir del moro los despojos;

pues con desvelo mirará en su tierra,

sin triunfo suyo la emprendida guerra.

«Harto castigo, como rey prudente,
juzga tenerle en sus estados preso,
y él como noble, paga de obediente
le dá á su rey, por lo que fue travieso.

Así, en Castilla, esposo reverente,
con dulce abrazo y cariñoso beso,
de su María Vaca enamorado,
olvida á veces el combate ansiado.»—

Esto dijeron á la orilla undosa
del fértil Tajo, en un corrillo puestos,
varios guerreros, en la lid dudosa
del duro asalto á combatir dispuestos;
cuando, de pronto, por la vega hermosa
dieron señal los abanzados puestos,
que repitió la real trompetería
con confusion de estruendo y gritería.

— «¡Al arma! ¡al arma!»— en descompuestas voces
sonó en el campo al despuntar la aurora;

Y los cristianos ármanse veloces,
y al muro asoma la atalaya mora;
cuando á Sancho Martínez de Armendoces
vieron entrar al pabellon do mora
el rey Alfonso, con sus deudos godos,
los mas ilustres de sus reinos todos.

— «¿Qué hará? ¿Qué fué? ¿dó vino? ¿quién acierta?»—
prorumpen todos al mirar el caso.

Y en tanto dice el centinela alerta,
y abren los gefes por las turbas paso,
para llegar del rey hasta la puerta
por si pelagra su persona acaso.
Nadie se entiende, todos van y escuchan,
y entre proyectos y esperanzas luchan.

Quien el arriete, quien la dura peña,
quien la saeta y el cortante acero,
casco y escudo en preparar se empeña
para el asalto y el combate fiero;
quien saca al campo la cristiana enseña
sobre el brido de Córdoba ligero,
quien la trompeta ó el lanzon ó el dardo,
sobre el córcel de Nájera gallardo.

En tanto, dentro de la real morada,
pasa una escena misteriosa y grave,
libre á la multitud amontonada,
que cuanto mas pregunta menos sabe:
escena oculta que quedó guardada
para que aquí, cual mereció, se alabe,
porque se enlaza al singular suceso
de mi heroína y de mi conde preso.

Sobre su estrado, en rica selería,
y terciopelos y almoadones de oro,
formaba Alfonso, al asomar el día,
grandes proyectos por vencer al moro.
Cuando le anuncian que en entrar porfia
un su vasallo que llegó de Toro,
á quien el campo que al pasar le aclama,
Sancho Martínez de Armendoces llama.

— «Que entre; (dice el monarca) libre quiero

hablar y á solas con el buen vasallo,
que algun desastre de Castilla espero,
y he de tratar con tiempo de estorballo.»—
Ya al pabellon el noble caballero
entró bajando de su fiel caballo,
y ante su rey, cual suele su linage,
rodilla en tierra préstale homenaje.

— «Señor, (le dice) faldeando el Duero
de Badajoz el bárbaro insolente,
toda Castilla, en ímpetu altanero,
va á conquistar sino doblais mi gente.
Valladolid sucumbirá, lo espero,
y el moro Olit se vengará inclemente
de los que el valle, que en cobrar se afana,
dieron gozosos á la ley cristiana.

— «Y el conde Vela (dijo el rey) ¿qué piensa
mientras el moro la Castilla invade?»—

— «En sus dominios, de su pena intensa
habla á su esposa, y la humildad persuade
á sus vasallos, y al eterno incienso
en los altares, porque al fin se apiade,
y acabe el plazo que en cumplir porfia.»—
Pesóle al rey lo que mandado habia;

Mas reportóse, y meditando cuerdo su gran peligro en el presente caso, le dijo al fin. — «Martínez, mucho pierdo en dar tan solo de Toledo un paso, por rescatar con diligente acuerdo lo que me roban en Castilla acaso; mas es preciso que dos mil ballestas marchen al Duero á combatir dispuestas.

«Un gefe esperto y noble personaje con mil caballos á añadir me obligo, que mandará tambien el peonage de ballesteros que saldrá contigo: es muy soberbio en armas, y en linage es mas que tú, y escucha lo que digo, que no le trates como á igual, prudente sigue su voz, y acátale obediente.

«¡A Dios! y espera desde aquí á dos horas para tomar al punto tu camino, sin que descubran las espías moras el encubierto fin á que os destino; no habrá atambor ni músicas sonoras, que en tal peligro fuera desatino; y el gefe aquel tan entendido y grave lo que conviene á mi servicio sabe.» —

Cesó el monarca, y Sancho de Armendoces siguió á un arquero que le dió por guía, á otra tienda cercana en dó las voces del campamento militar oía; y así sus pasos rápidos, veloces, de tienda en tienda á encaminar volvía, hasta que, al fin de hilera dilatada, llegó á una casa entre arboleda alzada.

— «Este es el sitio donde Alfonso pone (dijo el arquero) á los recién llegados; quede con Dios, y mire que propone mientras reuno á todos los soldados que trae de Toro, como el rey dispone, y los coloco entre estos arbolados, para despues con diligente modo cumplir su encargo como cumplo todo.» —

Fuése el arquero, y Armendoces duda cuando recuerda lo que el rey le dijo. — «Con los caballos que me da de ayuda (pensó) y ballestas venceré de fijo, como ese gefe con valor acuda, y elija el campo que en Castilla elijo para quitar el móro en esta guerra todo el botín que atesoró en mi tierra.

«Mas ¿quién es él? ¿qué gefe ó personaje es mas que yo en Castilla señalado? Yo, que á veces ni al rey doy vasallage, y tengo al conde Vela por cuñado, y traigo de Fávila mi linage, y estoy al de Aragon emparentado, y por mis cuatro abuelos hoy heredo feudo en Pancorbo, en Nájera y Olmedo!

«Por Dios que el riesgo de Castilla toda templa el enojo que mi orgullo enciende, y que solo por esto se acomoda mi voluntad á lo que el rey pretende: que no se diga que mi sangre goda por reboltosa á la prudencia ofende, y que no sufro, con afrenta mia, en bien de todos superior ni guía.» —

Calló Armendoces, y en mullido lecho fue á descansar del áspero camino, que sin pararse el mas pequeño trecho de su frontera hasta Toledo vino, y el noble mozo, aunque á los lances hecho, rendido está; y con frutas que previno y la vianda que del rey le viene, recobra el sueño, y su vigor mantiene.

Alfonsó, en tanto, y un anciano grave de los Ansúrez, que en aquella era fueron ilustres mucho, cual se sabe, y escrito en letras de oro se venera, dentro en su tienda, muy pausada y suave plática entablan, que copiar quisiera, porque si el caso en suma no es errado, quede aquí del suceso fiel traslado. —

— «Ansúrez, sois de mi amistad y deudo,

y honrado estais en mi familia toda; os doy dos villas de mi hermana en feudo, y á un hijo vuestro heredaré á su boda, y os pagaré lo que en mi atraso adeudo con mi moneda real, si os acomoda un gran secreto sepultar prudente que importa á Dios y á la cristiana gente.» —

— «Señor (llorando por entrambos ojos dijo el anciano ante su rey postrado) cuantos trofeos traje por despojos, vuestro palacio real han adornado; y los jaqueles de mi escudo rojos testigos son de mi valor sobrado, y de que villas y honras de batallas, con vuestro padre las partí al ganallas.

«Mandadme pues, que la obediencia mia, con lealtad que en Burgos fue jurada, noble y prudente en sepultar porfia vuestro secreto de su encargo honrada. ¡Feliz mi casa, en tan solemne día, con tal honor por siempre acrisolada! ¡Felicé yo, que, anciano y sin aliento, fuerza y valor para serviros siento!

«Mis ascendientes todos han vertido la última gota de su sangre goda, y yó, á vuestro servicio encanecido, pronto estaré para verterla toda, para romper mi timbre esclarecido quedándome villano, y si acomoda para olvidar al hijo, al heredero, de todos en el mundo el que mas quiero.» —

— «Basta, Ansúrez, si, basta: fiel has sido sosten del trono en ocasiones varias, y el rey moro de Oporto envanecido por parte igual nos concedia parias; por tu virtud y autoridad querido, vences las disensiones temerarias de ricos-hombres, que en Castilla alzados al trono insultan, entre sí ligados.

«De tus virtudes necesito ahora y la experiencia que la edad te presta, porque contengas la intencion traidora, y la malicia á revolver dispuesta, y los ataques de la gente mora que ya rendida á negociar se apresta, mientras me ausento con alguna gente á un grave caso de peligro urgente.

«Voy á Castilla, el moro me la invade como alluvion rompiendo inesperado; y tú, en tanto, al ejército persuade que aquí quedé como antes encerrado: cuando á tu gusto y tu conciencia agrade, de sello y firma real autorizado, mandas y ordenas, de mi mismo modo, cuanto presumas conveniente á todo.» —

«Tú, mi alimento por algunos días recojerás, sin permitir entrada á mis parientes, ni aun á mis espías, ni servidumbre de mi real morada: hasta en tu propia sombra desconfías, que, si se sabe, la ciudad cercada se alentaré, y los nuestros aturridos sin verme aquí se juzgarán vendidos.

«Mandé á D. Vela, por su error pasado, que en veinte lunas desarmado fuera, sin levantar ejército en su estado aunque le invada el moro la frontera: ya lo mandé, y á fé que me ha pesado, que con su esposa gran refuerzo diera, mas aunque el riesgo y su baldon me aflige, no he olvidar lo que monarca dije.

«¡A Dios, á Dios! armado cual me miras, con el disfraz que cumple á lo que ordeno, he de torcer las agarenas miras al recobrar por palmos mi terreno.» —

— «Buen rey, valor con tu valor inspiras al noble anciano de inquietudes lleno.» —

— «¡A Dios! ya cruza mi pendon el río, ¡mi reino todo á tu prudencia fiolo!» —

JOSÉ DE GRIJALBA.